



20 cm

P-96856

P. L. H.



# IDEARIUM

## ESPAÑOL



1-88

GRANADA  
1897

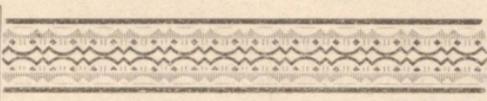
23 de Diciembre. 1903.



Á DON FRANCISCO GANIVET Y MORCILLO

PADRE DEL AUTOR: ARTISTA Y SOLDADO.





*P. Serrano Huertas.*

---



MUCHAS veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional; que acaso ese dogma era el símbolo ;símbolo admirable! de nuestra propia vida, en la que tras larga y penosa labor de maternidad venimos á hallarnos á la vejez con el espíritu virgen; como una mujer, que atraída por irresistible vocación á la vida monástica y ascética y casada contra su voluntad y convertida en madre por deber, llegara al cabo de sus días á descubrir que su espíritu era ajeno á su obra, que entre los hijos de la carne el alma continuaba sola, abierta como una rosa mística á los ideales de la virginidad.

CUANDO se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre, como

serviéndole de cimiento, es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epicteto; sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Séneca no es un español, hijo de España por azar, es español por esencia; y no andaluz, porque cuando nació aun no habían venido á España los vándalos; que á nacer más tarde en la Edad Media quizás no naciera en Andalucía sino en Castilla. Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: No te dejes vencer por nada extraño á tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte é indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos, ó de los que llamamos adversos, ó de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre.

Esto es español; y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya; sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo; y este traje sumario queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie ó corteza ideal de nuestra nación. Cuan-

do yo, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturdido y asombrado, como quien, perdida la vista ó el oído, los recobrara repentina ó inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles.

Es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España; en el arte y en la ciencia vulgar, en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás. Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influido en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates ó Galeno. España sola sobrepuja á todas las demás naciones juntas, por el número y excelencia de sus sangradores. El supremo doctor alemán es el doctor Fausto y el supremo doctor español es el doctor Sangredo, no obstante haber existido también su rival y famoso congénere, el doctor Pedro Recio de Tirteafuera. Y jamás en la historia de la humanidad se dió un ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando á muchos á la fosa, es cierto, pero purgando á los demás de sus excesos sanguíneos á fin de que pudie-

sen vivir en relativa paz y calma. Y quién sabe, si el descubrimiento de la circulación de la sangre por Servet, que en definitiva es lo único notable que los españoles han aportado á la ciencia práctica de los hombres, no tendrá también su origen en Séneca y en la turbamulta de sus acólitos.

Sin necesidad de buscar relaciones subterráneas entre las doctrinas de Séneca y la moral del cristianismo, se puede establecer entre ellas una relación patente ó innegable, puesto que ambas son como el término de una evolución y el comienzo de otra evolución en sentido contrario; ambas se encuentran y se cruzan, como viajeros que vienen en opuestas direcciones y han de continuar caminando cada uno de ellos por el camino que el otro recorrió ya. El término de una evolución filosófica racional, como la greco-romana, es, cuando están todas las soluciones agotadas: la empírica y la constructiva, la materialista y la idealista, la ecléctica y la sincrética; la solución negativa ó escéptica; y entonces surge la moral estoica, moral sin base, fundada sólo en la virtud ó en la dignidad; pero esa solución es transitoria, porque bien pronto el hombre, menospreciando las fuerzas de su razón, que no le conducen á nada positivo, cierra los ojos y acepta una creencia. El término de una evolución teológica, como la del pueblo hebreo, tiene que ser también, cuando ya están agotadas todas las soluciones históricas, esto es, todos los modos de acción, una solución negativa, anarquista diríamos hoy; tal era la que anunciaban los profetas; y entonces debe de surgir una moral, que como la cristiana condene la acción

y vea en ella la causa de los sufrimientos humanos y reconstruya la sociedad sobre la quietud, el desprendimiento, y el amor; pero esa moral es transitoria, porque bien pronto el hombre desengañado de la fé, que le conduce á producir actos negativos, se acoge á la razón; y comienza una segunda evolución que ya no se muestra en actos, sino en ideologías.

Por esto la moral cristiana, aunque lógicamente nacida de la religión judaica, era negativa para los judíos; puesto que dando por terminada su evolución religiosa, les cerraba el horizonte de sus esperanzas y les condenaba á recluirse dentro de una religión acabada ya, perfecta y por lo tanto inmutable; así como la moral estoica, fundada legítimamente sobre lo único que la filosofía había dejado en pié, sobre lo que subsiste aún en los períodos de mayor decadencia, el instinto de nuestra propia dignidad, era negativa tanto para griegos como para romanos, porque derivada del esfuerzo racional, pretendía construirlo todo sin el apoyo de la razón, por un acto de adhesión ciega, que andaba tan cerca de la fé, como la moral cristiana andaba cerca de la pura razón. Y así, por este encadenamiento natural, el cristianismo encontró el terreno preparado por la moral estoica, la cual había sembrado por el mundo doctrinas nobles, justas y humanitarias; pero carecía de jugo para fertilizarlas. Lo noble, lo justo y lo humanitario, sostenido y amparado sólo por la razón, menos que por la razón por el instinto, no puede ni podrá jamás vencer las pasiones bajas, ruines y animales de la generalidad de los hombres; para encadenar la fuerza irresponsable de los grandes, para

domar la furia concentrada por la impotencia en los pequeños, para ablandar un poco el refinado egoísmo de los medianos, hay que confundirlos á todos, conmoldearlos por medio de un fuego ardiente, que venga de muy alto y que destruyendo construya y abrasando purifique.

Los que se maravillan de la rápida y al parecer inexplicable propagación del cristianismo, debían de considerar cómo destruida la religión pagana por la filosofía y la filosofía por los filósofos, no quedaba más salida que una creencia que penetrase, no en forma de símbolos venidos á la sazón muy á menos, sino en forma de rayo ideal, taladrando é incendiando; y los que se espantan ante el sangriento holocausto de los mártires innumerables, debían de pensar que así como la muerte de Jesús era una erudición profética, esencial, necesaria y complementaria de las doctrinas del Evangelio, así también el martirio de muchos cristianos era el único medio eficaz de propaganda. Sin su sacrificio, Jesús hubiera sido un moralista más; y sin el sacrificio de los mártires, el cristianismo hubiera sido una moral más, agregada á las muchas que han existido y existen sin ejercer visible influencia.

Todas las religiones y en general todas las ideas, se han propagado y propagan y propagarán en igual forma: son como piedras que, cayendo en un estanque, producen un círculo de ondulaciones de varia amplitud y de mayor ó menor persistencia; el cristianismo cayó desde muy alto, desde el cielo y por esta razón, sus ondulaciones fueron tan amplias y tan duraderas. Pero lo más admirable en la pro-

pagación del cristianismo no es ni su rapidez ni su intensidad; porque ¿qué admiración puede causar que en diversos campos simultáneamente labrados, abonados y sembrados de trigo, nazcan simultáneamente muchas, infinitas matas de trigo? Más admirable y extraño es que por medio de hábiles injertos nazcan en unos árboles frutos que son propios de otros árboles y que las savias, mezclándose y confundándose, regalen el paladar con nuevos y delicados sabores.

Así fué de la moral cristiana, injertada en el espíritu gentil. Mientras que aparentemente no se descubre más que una propagación, la del cristianismo, en secreto se efectuaba otra propagación, la de la filosofía gentilica, cristianizada; y el punto en que tuvo lugar la conjunción, el injerto, fué la moral estoica. Así en España, donde era el asiento del estoicismo más lógico, no del más perfecto, del más humano, el senequismo se mezcla con el Evangelio de tal suerte, que de nuestro Séneca, si no puede decirse en rigor que «huele á santo», sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un Doctor de la Iglesia.

**E**N España, pues, como en todos los países invadidos por la idea cristiana, el esfuerzo racional acompaña á la propagación evangélica para explicarla y completarla; pero ese esfuerzo no fué en un principio, como debió ser, un esfuerzo creador; fué un trabajo de rapsodas; en vez de empezar por teorías empíricas en relación con la pureza de la nueva fe, los filósofos cristianos de nuestro mundo, que aunque cristianos, seguían viviendo con la sangre

heredada de sus padres gentiles, encontraron más hacedero concordar con el cristianismo las enseñanzas magistrales de la Escuela helénica, y como lo veían todo ya formando un cuadro perfecto, eligieron como tontos (y perdónese la llaneza) lo mejor que encontraron; las teorías de los dos grandes lumináres del saber griego: Platón y Aristóteles.

Esa evolución, sin embargo, no fué igual ni pudo serlo en las diversas provincias del Imperio romano, porque ni la unidad era tal que hubiera destruído el carácter propio de cada provincia, ni esa unidad pudo mantenerse, después de la predicación evangélica, el tiempo necesario para dar cohesión á las tendencias divergentes, que por todas partes apuntaban. Sin contar las herejías, que atacaban la unidad del dogma y que á la larga produjeron las grandes divisiones de la Iglesia, aun en aquellos países que conservaron invariable lo fundamental de la religión hubo divergencias, nacidas de la variedad de temperamentos, y acentuadas gradualmente, conforme los cambios históricos iban dando vida á nuevos rasgos característicos y diferenciadores; y España fué la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original.

Los historiadores aficionados á las antítesis y á los contrastes, pretenden convencernos de que el cuerpo en quien encarnó el cristianismo, fueron los bárbaros; «á ideas nuevas, hombres nuevos»; el pueblo romano era un viejo decrépito, incapaz de comprender la nueva religión. La verdad es, al contrario, que esa religión no estaba destinada sola-

mente á sacar á los salvajes de su salvajismo y á los bárbaros de su barbarie; valía mucho más; valía para regenerar hombres cultos; degradados sí, pero civilizados. Si los bárbaros hubieran podido moverse con libertad, hubieran dislocado en breve el cristianismo en numerosas herejías y hubieran concluído por desnaturalizarlo; porque los bárbaros, al entrar en escena se hallaban en un estado social análogo al de los griegos, algunos siglos antes de Homero; como arios que eran, aunque rezagados, habían ideado ya su mitología, sus dioses y sus héroes semidivinos y se disponían á poner en juego la complicada tramoya. Nada tan ajeno, pues, á su espíritu y vocación, como el espíritu del cristianismo. La acción de los bárbaros fué material, de disolución política; después de destruir lo que acaso no fué necesario destruir, quedaron sumergidos en las sociedades que con la fuerza pretendían gobernar, presos en sus propias redes.

La exaltación de la Iglesia española durante la dominación visigótica, es obra de los bárbaros; pero no es obra de su voluntad, sino de su impotencia; incapaces para gobernar á un pueblo más culto se resignaron á conservar la apariencia del poder, dejando el poder efectivo en manos más hábiles. De suerte que el principal papel que en este punto desempeñaron los visigodos, fué no desempeñar ninguno y dar con ello involuntariamente ocasión para que la Iglesia se apoderara de los principales resortes de la política y fundase de hecho el Estado religioso, que aún subsiste en nuestra patria; de donde se originó la metamorfosis social del cristianismo en ca-

tolericismo, esto es, en religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía. La ruina del poder godo tiene su explicación en ese artificio gubernativo; la dominación visigótica no fué destruída por los africanos, porque éstos no pudieron destruir lo que no existía ya. El poder teocrático, que luego había de ser una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros, fué en el período gótico la causa de la disolución nacional; porque con los godos era sólo una cabeza, servida por brazos torpes y debilitados; mientras que en la Reconquista fué cabeza y brazo á la vez.

En substancia, el período visigótico, que para los que se fijan sólo en apariencias es trascendental y decisivo en la formación de nuestro espíritu religioso, es, á mi juicio, importante sólo de una manera externa. Durante él, es cierto, la religión adquiere un formidable poder social; pero se nos muestra demasiado aparatosa y solemne; el sentimiento religioso no se hace más profundo ni más enérgico; la filosofía es un embrión de filosofía escolástica, sin carácter propio y la generalización de la cultura sólo da un resultado pudiera decirse cuantitativo y, por lo tanto, sin relieve; puesto que el influjo social de una Escuela no se mide por el número de sus alumnos ni por la extensión de sus programas, sino por las inteligencias superiores, originales, que produce; así como la grandeza de una nación no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la Historia.

LA creación más original y fecunda de nuestro espíritu religioso, arranca de la invasión árabe. El espíritu español no enmudece, como algunos piensan, para dejar el campo libre á la acción; lo que hace es hablar por medio de la acción. El pensamiento puede ser expresado de muy diversos modos, y el modo más bello de expresión no es siempre la palabra. Mientras en las Escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles y á veces ridículas, en nuestro país se transformaba en guerra permanente, y como la verdad no brotaba entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no quedó consignada en los volúmenes de una Biblioteca, sino en la poesía bélica popular. Nuestra «Summa» teológica y filosófica, está en nuestro Romancero.

Y lo más original de este modo de expresión fué, que por nacer del choque de dos fuerzas, tenía que ser reflejo de ambas. Los españoles al celebrar sus hazañas lo hacían con espíritu cristiano, pues que con él y por él combatían; pero el ropaje de sus conceptos era en gran parte ajustado á la usanza mora. El espíritu de los árabes llegaba entonces á su apogeo, y era natural que influyese sobre el de los españoles, si ya no bastara el contacto de varios siglos y la guerra misma, que suele ser el medio más eficaz que tienen los pueblos para ejercer sus recíprocas influencias. De esa poesía popular, cristiana y arábica á la vez, arábica sin que lo arábigo desvirtúe lo cristiano, antes dándole más brillante entonación; nacieron las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fué la exal-

tación poética, y el fanatismo, que fué la exaltación de la acción. El misticismo fué como una santificación de la sensualidad africana y el fanatismo fué una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate. El mismo espíritu que se elevaba á los más sublimes conceptos, creaba instituciones formidables y terroríficas; y cuando queremos mostrar algo que marque con gran relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que acudir, con aparente contrasentido, á los autos de fe y los arrebatos de amor divino de Santa Teresa. Al lado de estas creaciones tan originales y vigorosas, nuestra filosofía doctrinal, imitada de la Escolástica y seguida con mucha constancia, pero con escaso genio, pierde gran parte de su valor; nos aparece como una obra de centralización, si así puede decirse, como algo inferior á nuestro temperamento, como creación de la Iglesia universal, para mantener unidos por la doctrina, complementaria del dogma, los diversos núcleos sociales sometidos á su potestad suprema. No hay oposición; hay sólo desigualdad de fuerza; y lo español sobrepuja á lo extraño, primero por ser nuestro propio y por consiguiente más acomodado á nuestro genio, y segundo por ser más l'gico, más en congruencia con el espíritu originario del cristianismo.

\*  
\* \*

**E**L movimiento de conciliación filosófica iniciado en Alejandría y continuado hasta la edad presente por los escolásticos, parte de un error que pu-

diera llamarse error de perspectiva, que no afectaba á la esencia de la enseñanza, pero que andando el tiempo había de traer grandes trastornos filosóficos; en vez de crear lentamente una filosofía propia, los nuevos filósofos retocaron la filosofía griega, cuyo espíritu era antagónico del espíritu cristiano; en vez de volar con las alas que les daba la fe, se arrastraron por las bibliotecas; en vez de ser cristianos filósofos, fueron filósofos cristianos; en vez de crear con nuevo espíritu una filosofía nueva, comentaron con nuevo espíritu una filosofía vieja.

La figura más grande de la Escolástica, según el común sentir, es Santo Tomás de Aquino; y sin embargo, Santo Tomás no es ningún Aristóteles; tiene la traza aristotélica; pero no es un Aristóteles; su filosofía es sabia, prudente, previsora y aun precavida; contiene una legislación minuciosa, utilísima para la vida ordenada de la Iglesia; pero es obra «femenina», carece del arranque viril que marca la verdadera creación. ¿Cuánto más vigorosa no es la figura de San Agustín, que sin pretender edificar una enciclopedia filosófica funda la Ciudad ideal, no como organismo huero de sociólogo á la moderna, sino como al real que funciona, que vive?

El espíritu cristiano no estaba tan necesitado de apoyarse en clasificaciones minuciosas, silogismos, distinciones y sutilezas, como de penetrar en la realidad para iluminarla con nueva luz, para señalar rumbos nuevos. Una Cosmología cristiana no debía de ser una clasificación ni una descripción, sino un cántico donde todos los seres creados se mostrasen con luz divina, viviendo de un mismo soplo de vida

y de amor; algo así como la «Introducción al Símbolo de la fe» de Fr. Luís de Granada. Una Psicología cristiana no debfa de afanarse demasiado por describir tantos órganos, funciones y operaciones como convencionalmente se atribuyen á nuestra pobre alma, sino más bien por mostrarnos un alma en actividad, viviendo como no había vivido ninguna otra antes de la predicación evangélica, con alma iluminada y purificada, como la de Santa Teresa de Jesús.

**E**L poder de la metáfora en el mundo es inmenso y á veces nocivo. Si mezclamos cierta cantidad de vino con cierta cantidad de agua, decimos que la mezcla es vino, porque tomamos la parte por el todo; y si la mezcla se echa á perder, no decimos: esta mezcla se ha echado á perder, sino que decimos: este vino se ha echado á perder; y de rechazo recae sobre el vino una culpa que debía de recaer sobre el agua. Esto ocurre con la filosofía escolástica; no es sólo cristianismo; hay en ella filosofía tomada de muchos autores; es vino muy aguado que se ha echado á perder, que se ha torcido, porque torcerse las ideas es que pierdan su acción y su influjo en la vida de los hombres. Pero á pesar de este fracaso, no se crea que la filosofía cristiana ha muerto; ha muerto en una forma; pero el principio subsiste y da vida á nuevas formas; como la especie humana muere en unos hombres y nace y se conserva en otros hombres. El fundamento de la conciliación está dentro de nosotros; la conciliación la llevamos de hecho en nosotros mismos. Por lo cual todos, sin querer ó queriendo, somos, en cierto sentido, escolásticos. El criticismo ha desligado la razón de la fe; el positivis-

mo ha querido desligar el conocimiento de la razón; el materialismo ha intentado destruir la base misma del conocimiento. Y todos son escolásticos á su modo. Y si hubiese un sistema que negase al hombre la dignidad humana y le recomendase adoptar de nuevo la estación cuadrúpeda, sería tan escolástico como los precedentes. Porque después de rematar su trabajo negativo, destructor, filosófico, los inventores de esos sistemas, ó han de dejar de ser pensadores para convertirse en energúmenos, ó han de construir algo para que subsista al menos el orden social exterior; y este acto de afirmación, ó es un acto de cobardía, ó es un acto de fé, ó de sumisión al pensamiento común, obra de la fé.

Cuando Kant, con su profundo y sutil análisis llega á los últimos confines del nihilismo filosófico, no llega más lejos que habían llegado los astutos sofistas de Grecia; no llegó á dejarse atropellar por un carro antes que reconocer la realidad del conocimiento sensible. Lo que diferencia á Kant de los filósofos griegos, es que, además de razón pura ó negativa, tiene razón práctica ó constructiva; y esta razón práctica es la misma razón pura, domada por el cristianismo, es la razón pura sometida por la ley de la atracción al pensamiento colectivo; y el «imperativo categórico» que parece algo íntimo, es sólo un reflejo, en la intimidad de cada espíritu, de un estado social creado por el espíritu cristiano. No hay, pues, medio de escape; podemos alejarnos cuanto queramos del centro ideal que nos rige; podemos describir órbitas inmensas; pero siempre tendremos que girar alrededor del eterno centro.

Los que desde Bacon hasta nuestros días se han esforzado por pulimentar «nuevos órganos» de conocimiento, por seguir nuevos métodos y fundar una ciencia puramente realista y práctica, no han conseguido tampoco formar sistema planetario aparte. Sus trabajos, si realmente han ejercido influencia en los inventos de que se enorgullece nuestro siglo, habrán sido útiles; han proporcionado al hombre ciertas comodidades no del todo desagradables, como el poder viajar de prisa, aunque por desgracia sea para llegar á donde mismo se llegaría viajando despacio. Pero su valor ideal es nulo y en vez de destronar á la Metafísica, han venido á servirla y hasta quizás á favorecerla; querían ser amos y apenas llegan á criados. El que desdeñando la fé y la razón se consagra á los experimentos y descubre el telégrafo ó el teléfono, no crea que ha destruído las «viejas ideas»; lo que ha hecho ha sido trabajar para que circulen con más rapidez, para que se propaguen con mayor amplitud.

Hallábame yo un día en el Museo de Pintura de Amberes, contemplando, me parece que la Cena de Jordaens, cuando ví llegar en busca mía á mi criada, una flamenca sana y mofletuda, trayéndome una chapita de esas que á la entrada de los museos dan á cambio de los bastones y paraguas. Sin esfuerzo se habrá comprendido que debí de salir de casa con buen tiempo, que después comenzaría á llover, cosa que en aquel pais ocurre casi todos los días y que mi excelente maritornes tuvo la atención de llevarme un paraguas. Así fué y sucedió también que cuando salí del Museo había cesado de llover y me volví

con el paraguas debajo del brazo. Y entonces se me ocurrió una idea que ahora ha vuelto á reaparecer en mi memoria y que me ha parecido venir aquí muy á cuento. Se me ocurrió que en aquel suceso vulgarísimo yo había representado, no por méritos propios, sino por un efecto de perspectiva circunstancial, la fuerza perenne del ideal que está en nosotros, y que mi criada había, sin saberlo, ejercido de ciencia experimental y práctica. Yo aplaudo á los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X; á todos se les debe de agradecer los malos ratos que se han dado, como yo agradecí á mi criada, en gracia de su buena intención, el que se dió para llevarme el paraguas; pero digo también que cuando acierto á levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada.

**P**ARA que la filosofía cristiana no sea una fórmula convencional, para que ejerza influencia real en la vida de los hombres, es preciso que arranque de esa misma vida, como las leyes, como el arte: una legislación, un arte cósmopolitas, son nubes de verano; y una filosofía universal, como pretendió serlo la escolástica, es contraproducente. Someter á la acción de una ideología invariable la vida de pueblos diversos, de diversos orígenes é historia, sólo puede conducir á que esa ideología se transforme en una etiqueta, en un rótulo, que den una unidad aparente

debajo de la cual se escondan las energías particulares de cada pueblo, dispuestas siempre á estallar y á estallar con tanta más violencia cuanto más largo haya sido el período de forzado silencio. La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior á las imitaciones de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto á alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente, es el cimiento sobre el que se debe de construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo.

¿Porqué ha de tener en el mundo y ahora más que nunca, tan gran predicamento la simple exterioridad? Parece que hay miedo de conocer el fondo de las cosas. Estamos dominados por la manía de la unificación y, faltos de calma para encomendar esta obra al tiempo, nos apresuramos á constituir unidades aparentes, contando con la ceguera real ó fingida de los que presencian nuestras manipulaciones. Si yo fuera aficionado á los dilemas establecería uno, digno de hacer juego con el famoso dilema de Omar, que redujo á cenizas la Biblioteca de Alejandría: ó los hombres tienden por naturaleza á constituir un solo organismo homogéneo, ó tienden á acentuar las diferencias que existen entre sus diversas agrupaciones; si creemos que tienden á la unidad, no nos molestemos y tengamos paciencia y fe en nuestra idea; si creemos que tienden á la separación, no cerremos los ojos á la realidad, ni marchemos contra la corriente. No faltará quien crea el dilema tiene una tercera salida: que los hombres no caminan en ninguna dirección y que hace falta que venga de

vez en cuando un genio que les guíe; y es probable que quien tal crea piense ser él mismo el genio predestinado á guiar á sus semejantes, como una manada de ovejas. A tan insigne mentecato habría que decirle que no conoce á sus semejantes; que los hombres que creen haber guiado á otros hombres, no han guiado más que cuerpos de hombre; que han conducido cuerpos, pero no almas; que las almas sólo se dejan conducir por los espíritus divinos, y que la Humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz, y no puede engendrar nuevos dioses.

**L**AS unidades aparentes y convencionales no pueden destruir la diversidad real de las cosas; no sirven más que para encubrirla. La Reforma no fué más que la manifestación de la rebeldía latente en espíritus que acaso no fueron nunca verdaderamente cristianos, que no podían comprender el verdadero sentido del cristianismo, porque no tenían aún el convencimiento propio de la impotencia del esfuerzo racional, y que al proclamar el libre exámen eran tan lógicos á su manera como lo eran los herederos del espíritu greco-romano al defender la sumisión ciega y absoluta á la fe.—La religión cismática griega fundó asimismo una unidad aparente en la que quedaron sumergidos los pueblos eslavos; el porvenir dará cuenta de esa unidad. No importa que la autoridad política, armada de terrible poder, y fundida con la autoridad religiosa, se esfuerce por conservar el artificio; quien quiera que se ponga en contacto con el pueblo ruso notará la inquietud precursora de la explosión, el deseo universal de romper la espesa costra de religión bizantina que

comprime las energías naturales é impide que se muestren con entera pureza y espontaneidad.—En nuestros días se trabaja con pasión por convertir á los negros africanos; es posible que en breve se nos diga que ya están todos catequizados; y es posible que al cabo de algunos siglos aparezcan adorando á groseras divinidades, no muy superiores á los fetiches que hoy adoran, y viviendo conforme á sus prácticas nativas.

El verdadero cristianismo, no como aspiración filantrópica en favor de razas inferiores, sino como creencia conscientemente profesada, es impropio de pueblos primitivos y sólo arraiga en éstos cuando le acompaña la acción permanente de una raza superior, es decir, cuando ese pueblo primitivo se confunde por la vida común ó por el cruce con un pueblo civilizado que le domina y le educa, como ocurrió en los pueblos descubiertos y subyugados por España. La universalidad ó catolicidad del cristianismo no se opone á esta idea. Todos los hombres son mortales, y sin embargo, si nos preguntan si es posible que en una ciudad mueran todos sus habitantes á la vez, diremos que no y lo diremos fundándonos en lo que pudiera llamarse «experiencia del instinto», un género de certeza que Balmes ha analizado con gran precisión. Y si á pesar de esto ocurriera el hecho anormal de morir simultáneamente en masa una población, no admitiríamos tampoco la existencia real de una «muerte simultánea», sino que explicaríamos la anomalía por una causa excepcional, extraordinaria: por ejemplo, una epidemia. Del mismo modo, todos los hombres son catequiza-

bles, pero no todos á la vez. Cuando vemos que en los comienzos del cristianismo los pueblos se convierten en masa, lo atribuimos á una causa excepcional, y esta causa fué el estado de postración ideal á que llegó el espíritu greco-romano.

**S**ERÍA, pues, muy fecundo y en ninguna manera peligroso, romper la unidad filosófica. El espíritu español ha sido sometido á las más formidables presiones que hayan sido inventadas por el exclusivismo más fanático; y ese espíritu, en vez de rebelarse, ha reconocido ser él mismo el juez y el criminal, la víctima y el verdugo, y ha llegado por espontáneo esfuerzo mucho más allá de donde debía de llegar por la coacción. Escrita está la «Historia de los heterodoxos españoles» por Menéndez y Pelayo, un español de criterio tan amplio y generoso, que hubiera sido capaz de hacer estricta justicia hasta á los herejes más empedernidos, si por acaso hubiera topado con algunos en sus investigaciones. Pero no haya temor; en España no hay un hereje que levante dos pulgadas del suelo. Si alguien ha querido ser hereje ha perdido el tiempo, porque nadie le ha hecho caso. Si en muchos asuntos de la vida el hombre ha menester del concurso de la sociedad, en las sectas es de tal punto decisivo, que la importancia de una disidencia religiosa, más que por el fondo doctrinal, se mide por el número de sus adeptos. España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en «des-catolizarla» no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación.

Pero después de varios siglos de silencio se ha

tómado miedo á la voz humana, y se carece de tacto para apreciar las palabras por su valor, no por el ruido que mueven; y apenas se da alguna libertad á los espíritus díscolos é indisciplinados, sobreviene una grandísima inquietud; no se quiere comprender que la importancia de lo que dicen no está en lo que dicen, sino en la excitación que producen á quien les escucha. Acostumbrados á conservar la unidad de la doctrina por medio de la fuerza, duele ahora pelear para conservarla mediante el esfuerzo intelectual; como si no fuera cierto que la fuerza destruye, á la vez que las opiniones disidentes, la fe misma que se pretende defender. Uno de los errores que con más apariencia de verdad corren por el mundo es que las naciones adheridas á la Reforma han llegado á adquirir mayor cultura, mayor prosperidad, mayor influencia política que las que han permanecido fieles al catolicismo. Yo he vivido varios años en Bélgica y puedo decir que es una nación tan adelantada como la que más en todos esos órdenes de cosas en que hoy se hace consistir la civilización (en la que por desgracia se concede más importancia á los kilómetros de ferrocarril que á las obras de arte); y Bélgica es una nación católica, más católica en el fondo que España. Pero en Bélgica hay otras confesiones y hay además fuertes agrupaciones anticatólicas; los católicos tienen que estar atentos y vigilantes, tienen que luchar y luchan con tanto ardor como en los tiempos del duque de Alba.

**L**A flaqueza del catolicismo no está, como se cree, en el rigor de sus dogmas, está en el embotamiento que produjo á algunas naciones, principal-

mente á España, el empleo sistemático de la fuerza. Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres y añadir á la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos á la influencia de las ideas de nuestros vencedores; mas por lo mismo que esto es tan evidente, no debe de inspirar temor ninguno la libertad. Hoy no puede haber ya herejías, porque el exceso de publicidad, aumentando el poder de difusión de las ideas, va quitándoles la intensidad y el calor necesarios para que se graben con vigor y den vida á las verdaderas sectas. Los que pretenden ser reformadores no pueden crear nada durable; pronto se desilusionan y concluyen por aceptar un cargo público ó un empleo retribuído; y estas concesiones no son del todo injustas, porque les recompensan un servicio útil á la nación, el de excitar y avivar las energías genuinamente nacionales, adormecidas y como momificadas. De ellos pudiera decirse que son como las especias; no se las puede comer á todo pasto; pero son utilísimas cuando las maneja un hábil cocinero. Si hubiera modo de traer á España algunos librepensadores mercenarios y varios protestantes de alquiler, quizás se resolvería la dificultad sin menoscabo de los sentimientos españoles; pero no siendo esto posible, no hay más solución que dejar que se formen dentro de casa y tolerarlos y hasta si es preciso, pagarlos.

Siendo yo niño leí el relato horripilante de un suceso ocurrido en uno de estos países cercanos al Polo Norte, á un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos. El malaventurado viajero fué acometido por una manada de hambrientos lobos que cada vez le aturdían más con sus aullidos y le estrechaban más de cerca, hasta avalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió á uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos; y mientras éstos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente su camino y pudo llegar á donde le dieran amparo y refugio. España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo; que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar á su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal; pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles á los lobos, si no queremos arrojarnos todos á los puercos.

\*  
\* \*

**E**L problema más difícil de resolver en el estudio psicológico, en el que han encallado los investigadores y observadores más perspicuos, es el de enlazar con rigor lógico la experiencia interna con los fenómenos exteriores. Hay psicólogos que construyen ideologías peligrosas erigiendo en principios generales los hechos particulares que notan en su

propio espíritu; los hay que forjan fenomenologías sin base, coordinando observaciones puramente objetivas; y los hay tan perspicaces, que funden ambos resultados y explican lo que ven en los demás hombres por los hechos similares que descubren en sí mismos. Y el resultado es siempre incierto, porque á veces dos sujetos psicológicos idénticos producen acciones antagónicas y dos sujetos antagónicos toman en la vida real idénticas apariencias. Si tomamos como tipo un misántropo, puede ocurrir que le encontremos en la vida real convertido, ora en un asceta, ora en un demagogo; el carácter psicológico, lo esencial, es idéntico: un hombre que carece de apetito sentimental, un refractario que vive aislado en medio del mundo, como un barco que carece de amarras y no puede tomar puerto. Y sin embargo, este hombre lo mismo es apto para vivir en la celda de un convento que para agitar las masas populares, sembrando sus ideas, que, faltas de enlace con las ideas comunes, tienen que ser, por necesidad, disolventes.

Para mí, dos figuras tan desemejantes como Kempis y Proudhon son psicológicamente idénticas; el uno piensa en silencio y el otro en medio del tumulto; pero ambos son pensadores solitarios, ambos tienen igual concepto negativo de la vida, bien que el uno lo corrija y dulcifique por medio de la fé y el otro lo exaspere y lo convierta en arma de destrucción.

En cambio, dos naturalezas al parecer semejantes como Kempis y el P. Granada, son diametralmente opuestas: Kempis se eleva al ascetismo por la abstracción, es un espíritu ontológico; en cuanto la

abstracción no le sostiene, cae en el más descarnado y seco prosaísmo; el P. Granada se eleva al misticismo, apoyándose en su conocimiento admirable de la realidad, en su amor positivo á la humanidad viviente; es un espíritu realista y sus pensamientos son siempre humanos. Del uno podría decirse que es un alma enfermiza, linfática; del otro, que es un alma robusta, sanguínea.

**D**E igual modo, cuando se estudia la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica; hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreductible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisionomía de ese país. Y como siempre que se profundiza se va á dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo se encuentra en el «espíritu territorial.» La religión, con ser algo muy hondo, no es lo más hondo que hay en una nación; la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste, porque los cambios geológicos vienen tan de tarde en tarde, que á veces nacen y mueren varias civilizaciones, sin que el suelo ofrezca un cambio perceptible. Por esto, si la observación se limita á desentrañar el espíritu religioso, ó el artístico, ó el jurídico, podrá ocurrir que descubra sólo exterioridades análogas á otras exterioridades y que deduzca aparentes analogías allí donde, si se atiende al principio generador, existen marcadas oposiciones.

La evolución ideal de España se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de

su historia con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros. Como hay continentes, penínsulas é islas, así hay también espíritus continentales, peninsulares, é insulares. Los territorios tienen un carácter natural que depende del espesor y composición de su masa y un carácter de relación que surge de las posiciones respectivas: relaciones de atracción, de dependencia ó de oposición. Una isla busca su apoyo en el continente del que es como una adhesión, ó reacciona contra ese continente si sus fuerzas propias se lo permiten; una península no busca el apoyo, que ya está por la naturaleza establecido y reacciona contra su continente con tanta más violencia cuanto más distante se halla del centro continental; un continente es una masa equilibrada, estática, constituida en foco de atracción permanente. La evolución ideal es más rápida en las islas que en las penínsulas, más en éstas que en los continentes, más en los litorales que en el interior; la evolución de un territorio ó de los individuos que lo ocupan está en razón directa de su distancia del centro de las unidades territoriales, porque la distancia provoca, con el movimiento de reacción, otro movimiento concordante de excitación espiritual.

Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia, en los peninsulares la independencia y en los insulares la agresión. El principio general es el mismo, la conservación; pero los continentales, que tienen entre

sí relaciones frecuentes y forzosas, la confían al espíritu de resistencia; los peninsulares, que viven más aislados, aunque no libres de ataques é invasiones, no necesitados de una organización defensiva permanente, sino de unión en caso de peligro, la confían al espíritu de independencía, que se exagera con las agresiones; los insulares, que viven en territorio aislado con límites fijos é invariables, menos expuestos por tanto á las invasiones, se ven impelidos, cuando les obliga á ello la necesidad de acción, á convertirse en agresores. Y no se crea que es necesario que las agrupaciones sociales tengan conocimientos geográficos para que conozcan la índole de su territorio; la experiencia histórica acumulada suministra un conocimiento perfecto. El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento; podrá aceptar una dominación extraña si carece de fuerza para mantener su independencía; pero de hecho es independiente y sabe además que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa, que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía. En cambio el continental no confía en el suelo, que no le ofrece seguridad bastante y desarrolla más el espíritu de resistencia; podrá ser dominado; pero apoyándose en la fuerza de su carácter, en la pasividad, se mantendrá puro entre sus dominadores. El peninsular conoce asimismo cuál es el punto débil de su territorio, porque por él ha visto entrar siempre á los invasores; pero como su espíritu de resistencia y previsión no ha podido tomar cuerpo por falta de relaciones constantes con

otras razas, se deja invadir fácilmente, lucha en su propia casa por su independencia y si es vencido se amalgama con sus vencedores con mayor facilidad que los continentales.

Cuando el espíritu territorial no está aún formado le suple el espíritu político, esto es, el de ciudadanía y cuando éste llega á tomar cuerpo se asemeja al insular, porque el hombre que vive en un recinto cerrado ó amurallado, considera que forma como un cuerpo distinto del territorio. Roma y Cartago fueron ciudades insulares; su poder agresivo fué tan grande, como escasa su fuerza para resistir. Cartago sucumbió á un ataque de Roma y Roma había estado poco antes próxima á sucumbir bajo los ejércitos de Cartago.

La nación insular típica es Inglaterra y la historia de Inglaterra, desde que aparece constituida como nacionalidad, es una agresión permanente. Sus ataques no tienen la misma forma que los de las naciones continentales; son meditados y tan seguros como los del tigre que está al acecho y se lanza de un salto sobre su presa. Y esto no es obra de la voluntad; arranca de la constitución del territorio, de la necesidad de tener grandes fuerzas marítimas y de la facilidad que éstas dan para las agresiones aisladas, contra las que todas las previsiones y precauciones son ineficaces. «Yo quisiera ver — ha escrito Cobden — un mapa del mundo según la proyección de Mercator, con puntos rojos marcados en todos aquellos lugares en que los ingleses han dado alguna batalla; saltaría á la vista que al contrario de todos los demás pueblos, el pueblo in-

glés lucha desde hace siete siglos contra enemigos extranjeros en todas partes menos en Inglaterra. ¿Será preciso decir una palabra más para demostrar que somos el pueblo más agresivo del mundo?» A esto podría añadirse que si Inglaterra luchara en su propio territorio, sería vencida más fácilmente que ninguna otra nación. «Sin el desastre de la Invencible, si los tercios españoles ponen el pié en Inglaterra—ha escrito á su vez Macaulay—se hubieran repetido los tremendos desastres de Roma, cuando la expedición de Anibal á Italia.» Macaulay fundaba su aserto en la superioridad militar de los soldados españoles; pero acaso sería más justo decir que Inglaterra tenía y tiene en sí la causa de su debilidad para una guerra de resistencia, así como que la impunidad en que constantemente se ha mantenido, se explica por la falta de condiciones del continente para una guerra agresiva, en el sentido que se da aquí á la palabra agresión.

**S**i como ejemplo de nación continental tomamos á Francia, veremos que el sentimiento en ella dominante es el patriótico. En España, considerándonos casi aislados, por lo mismo que somos una casi-isla concentramos nuestro pensamiento en el punto por donde puede venir el ataque y de esta concentración nace el sentimiento de independencia; somos casi independientes y queremos serlo del todo. Mientras que Francia, que tiene fronteras comunes y movibles con varias naciones, no puede concebir su territorio aislado y no le basta la idea de independencia; por lo cual exalta la idea de patria, que es más resistente para mantener la cohesión, tanto en los

momentos de peligro, como en tiempo de paz; porque ésta no es en los países continentales un reposo, sino una forma más suave de la guerra, la lucha por el predominio intelectual.

Las guerras de Francia fueron siempre guerras de frontera; defensivas ú ofensivas, pero siempre encajadas en el criterio tradicional, formado por la lógica de la historia; y las primeras guerras de la Revolución fueron sólo guerras defensivas ó guerras de expansión ideal; las agresiones no comienzan hasta que aparece Napoleón, quien no sólo era un extranjero que conoció á Francia de un modo puramente objetivo y la utilizó como un instrumento para satisfacer sus ambiciones, según Taine ha sostenido y demostrado, sino que era un insular, más aún, fué una isla que cayó sobre el Continente. Cuando se observa sobre un mapa militar el procedimiento estratégico empleado en las guerras napoleónicas (que por algo son llamadas napoleónicas y no francesas) se cae en la cuenta de que Napoleón movía sus ejércitos como si fueran escuadras navales; sus guerras son terrestres de hecho; pero marítimas por la concepción. De aquí el trastorno de Europa, no acostumbrada á este género de combates. Europa lucha contra Napoleón en todas las formas en que es posible luchar: España con una guerra de Independencia; Inglaterra con ataques aislados y certeros; el Continente con la resistencia y por último, Rusia, valiéndose de una retirada. Y es mi sentir que Napoleón pudo, concentrando todas sus fuerzas, asaltar, destruir Inglaterra y acaso domar España, pero que no hubiera podido jamás triunfar

de la resistencia pasiva de Rusia. El espíritu de Napoleón deja en Francia tan bien marcada su huella, que reaparece en el segundo Imperio en forma de agresiones absurdas y contrarias á los intereses de Francia y persiste en la tercera República en una forma más degenerada aún, las conquistas coloniales, hechas á nombre de un pueblo que no es colonizador, que no puede ir más allá de la dominación política, del protectorado, porque su naturaleza repugna el abandono del suelo patrio.

**E**SPAÑA es una península ó con más rigor «la península»; porque no hay península que se acerque más á ser isla que la nuestra. Los Pirineos son un istmo y una muralla; no impiden las invasiones, pero nos aíslan y nos permiten conservar nuestro carácter independiente. En realidad nosotros nos hemos creído que somos insulares y quizás este error explique muchas anomalías de nuestra historia. Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes y si para la vida ideal no existen istmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho; somos una «casa con dos puertas» y por lo tanto «mala de guardar»; y como nuestro partido constante fué dejarlas abiertas, por temor de que las fuerzas dedicadas á vigilarlas se volviesen contra nosotros mismos, nuestro país se convirtió en una especie de parque internacional, donde todos los pueblos y razas han venido á distraerse cuando les ha parecido oportuno; nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia.

Pero así como hay naciones que han luchado sólo

en su territorio ó en la proximidad de sus fronteras y otras que han luchado sólo en territorios extranjeros y no en el suelo patrio, la nuestra ha peleado en todas partes; y este hecho que parece desvirtuar cuanto llevo dicho acerca del espíritu de nuestro territorio merece una explicación. Si por naturaleza no somos agresivos ¿cómo entender nuestra historia moderna, en la que España, apenas constituida, aparece como una nación guerrera y conquistadora? ¿Provendrá esto del error indicado antes, de que nos hemos creído ser una isla á pesar de los duros escarmientos que nos ha infligido nuestra delicada posición geográfica? Yo creo que ese espíritu de agresión existe; pero que no ha sido más que una transformación del de independenciam y ha de desaparecer lentamente con las causas que motivaron la transformación.

UN hecho que á primera vista parece inexplicable, la excesiva duración del poder árabe en España nos descubre la causa, sin que pueda ser otra, de tan extraña metamorfosis. Así como la existencia de la Turquía europea no tiene su razón de ser en la vitalidad propia del pueblo turco, sino en la rivalidad de las potencias, impotentes cuando se trata de calmar susceptibilidades y suspicacias, así también la existencia de la dominación arábigo-hispana en su largo período de descenso está principalmente sostenida por los celos de nuestras regiones. Se desea acabar la Reconquista, pero se teme lo que va á venir después; se trabaja por el triunfo del cristianismo, pero no se descuida otro punto importante: conservar la independenciam de los diferentes

pedazos de territorio y los privilegios forales. De ahí esa absurda política de particiones constantes de los estados, inspirada, no en el amor paternal (pues tengo, para mí que los reyes de la Edad Media eran más duros de corazón que los del día) sino en las exigencias de las regiones y hasta de las villas que deseaban campar libremente por sus respetos. Á cada paso que se da hacia adelante sigue un alto y una reflexión; todos se miran de reojo y se comparan y miden á ver si uno ha crecido más que otro y hay que acogotarlo para que se ponga al mismo nivel; raros son los momentos en que, por coincidir en el gobierno hombres de ideas más audaces, se busca la igualdad luchando, rivalizando en ardor y en esfuerzo. Los pequeños estados que quedaban encerrados y alejados del campo de la lucha, se aliaban ó buscaban el apoyo extranjero, y los que tenían frontera abierta, como fueron últimamente Portugal, Castilla y Aragón, procuraban mantener el equilibrio.

Sin embargo este equilibrio debía de romperse y al fin se vió á las claras que Castilla por su posición central echaba sobre sí la mayor parte de la obra de Reconquista; y como la preponderancia futura de Castilla era un amago contra la independencia de los demás, nació espontáneamente, como eflorescencia de nuestro espíritu territorial, la idea de buscar fuera del suelo español fuerzas para ser independientes en España. Portugal, estado atlántico se transforma en nación marítima y dirige la vista hacia el continente africano y Aragón Cataluña y Valencia, estado mediterráneo, encuentra apoyo en el Mediterráneo y en Italia. Así nace el espíritu conquistador

español, que se distingue del de los demás pueblos en que mientras todos conquistan cuando tienen exceso de fuerzas, España conquista sin fuerzas, precisamente para adquirirlas. Así es como hemos llegado á ser los conquistadores de la leyenda, los terribles halcones ó aguiluchos del famoso soneto de los «Trofeos» del poeta hispano-francés José María de Heredia.

**E**L espíritu conquistador nace en el Occidente y en el Oriente de España antes que en el Centro, en Castilla, que luego acierta á monopolizarlo; y en cada región toma un carácter distinto, porque así lo imponía la naturaleza de las conquistas. En Portugal los conquistadores son navegantes y descubridores; pero no navegan y descubren por curiosidad, puesto que les mueve el deseo del dominio. En Cataluña y Aragón se encuentran trazas de los conquistadores típicos, principalmente en la célebre expedición contra turcos y griegos; mas el rasgo predominante es la conquista apoyada por la política y la diplomacia. «La incorporación de Navarra á la corona de España—ha dicho Castelar—es un capítulo de Maquiavelo.» Fernando el Católico no es un diplomático improvisado, es un maestro formado en la escuela italiana y es mucho más astuto que Maquiavelo, quien en el fondo (y no se vea intención irónica en mis palabras) era un buen hombre, como hoy diríamos, un excelente patriota, enamorado de la idea de la unidad de Italia, deseoso de que su patria fuese grande y fuerte como las demás y convencido de que su idea no podía realizarse por medios distintos de los que sus adversarios empleaban. Ma-

quiavelo ha recogido la odiosidad que acompaña á los pensamientos tortuosos y pérfidos, por haber escrito, sistematizándolo, lo mismo que en su tiempo practicaban príncipes tenidos por muy cristianos. Los conquistadores de la parte oriental de España fueron, pues, los más civilizados, por exigirlo así el medio á que debían de adaptarse. En Italia aprendimos por necesidad á ser finos diplomáticos y en Italia transformamos los guerreros del cerco de Granada en ejército organizado en la forma más perfecta á que han podido remontarse nuestras flacas facultades de organización.

En Castilla, el espíritu conquistador nace del de rivalidad, apoyado por la religión. La tendencia natural de Castilla era la prosecución en el suelo africano de la lucha contra el poder musulmán, del que entonces podían temerse aún reacciones ofensivas; pero interponiéndose Colón, las fuerzas que debieron ir contra África se trasladaron á América. La organización política dada á la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual, que diere á las obras del espíritu más amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país, empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fué iniciada con brillantez porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse; pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la

mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosaicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el «Oro»; no por el oro ganado en la industria ó el comercio, sino por el oro puro, en pepitas.

A sí, pues, el espíritu de agresión que generalmente se nos atribuye, es sólo, como dije, una metamorfosis del espíritu territorial; ha podido adquirir el carácter de un rasgo constitutivo de nuestra raza por lo largo de su duración; pero no ha llegado á imponérsenos y ha de tener su fin cuando se extingan los últimos ecos de la política que le dió origen. En la historia de España sólo aparece un conato de verdadera agresión: el envío de la Armada Invencible contra Inglaterra; y sabido es que esa aventura, cuyo fin fué tan desastrado como lógico, no fué obra nuestra exclusiva; nosotros pusimos el brazo; pero no pusimos el pensamiento, puesto que el interés político ó religioso no abarca todo el pensamiento íntimo de una nación. El exámen de los documentos relativos á la diplomacia pontificia en España (al que ha dedicado recientemente un concienzudo trabajo un escritor español peritísimo en la materia, D. Ricardo de Hinojosa) pone de relieve que si España tuvo un momento la idea de agredir á Inglaterra, protectora y amparadora de los rebeldes flamencos, esa idea fué alimentada y sostenida y resucitada y subvencionada por la Iglesia de Roma con tanta ó mayor insistencia que la empleada para

constituir la Liga contra los turcos, la cual respondía á un pensamiento más justo, el de defenderse contra un poder violento y en auge, peligroso para los intereses de toda Europa.

Y en nuestra historia interior, siendo como es, por desgracia, fertilísima en guerras civiles, no existen tampoco guerras de agresión, sino luchas por la independencia. La unión nace por la paz y en virtud de enlaces ó del derecho hereditario; así se unieron Aragón y Cataluña, Castilla y Aragón, España y Portugal. La guerra aparece sólo al separarse; de un lado se combate por la independencia, del otro por conservar la unidad, es decir, la legalidad política establecida; por tanto, no hay agresión. Un hecho como la ocupación de Gibraltar por Inglaterra, sin derecho ni precedente que lo justifique, por cálculo y por conveniencia, no existe en nuestra historia.

\*  
\* \*

Los términos «espíritu guerrero» y «espíritu militar» suelen emplearse indistintamente, y sin embargo, yo no conozco otros más opuestos entre sí. A primera vista se descubre que el espíritu guerrero es espontáneo y el espíritu militar reflejo; que el uno está en el hombre y el otro en la sociedad; que el uno es un esfuerzo contra la organización y el otro un esfuerzo de organización. Un hombre armado hasta los dientes va proclamando su flaqueza cuando no su cobardía; un hombre que lucha sin armas da á entender que tiene confianza absoluta en su valor; un país que confía en sus fuerzas propias desdeña el militarismo y una nación que teme, que no se

siente segura, pone toda su fé en los cuarteles. España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar.

Abramos una Historia de España por cualquier lado y veremos constantemente lo mismo: un pueblo que lucha sin organización. En el período romano sabemos que Numancia prefirió perecer antes que someterse, pero no sabemos quién hizo allí de cabeza y casi estamos seguros de que allí no hubo cabeza; buscamos ejércitos y no encontramos más que guerrillas, y la figura que más se destaca no es la de un jefe regular, la de un rey ó régulo, sino la de Viriato, un guerrillero. En la Reconquista habiendo tantos reyes, algunos sabios y hasta santos, la figura nacional es el Cid, un rey ambulante, un guerrillero que trabaja por cuenta propia; y el primer acto que anuncia el futuro predominio de Castilla no parte de un rey, sino del Cid, cuando emprende la conquista de Valencia é intercepta el paso á Cataluña y Aragón. No importa que la conquista no fuera definitiva, basta la intención, el arranque; así pues, al exaltar la figura del Cid, al colocarla por encima de sus reyes, el pueblo de Castilla no va descaminado. Cuando los que combaten buscan un apoyo en la religión, no se contentan con invocar el auxilio divino, sino que transforman á Santiago en guerrero; y no en general; en simple soldado del arma de caballería. Y esto no es obra exclusiva de la religión, del odio al infiel, puesto que en nuestro siglo, contra los cristianos franceses, Aragón transformó á la Virgen del Pilar en Capitana de las tropas aragonesas.

CUANDO la fuerza de los acontecimientos nos obligó á mezclarnos en los asuntos de Europa, el guerrero se convierte en militar; pero nuestras creaciones militares no son organismos complicados, son la compañía y el tercio. Para presentar ante Europa una figura militar de primer orden, tenemos que acudir á un capitán nada más, al Gran Capitán, el creador de nuestro ejército en las campañas de Italia. Y la genialidad de Gonzalo de Córdoba consistió, como ya dije hablando de Séneca, en que no inventó nada, en que no hizo más que dar forma á nuestras ideas. Entonces también había grandes ejércitos y el Gran Capitán creó la táctica de los que son menores en número, la defensiva combinada con las maniobras rápidas y las agresiones aisladas, esto es, la táctica de guerrillas, medio infalible para quebrantar la cohesión del enemigo, para fraccionarlo y para derrotarlo, cuando ese enemigo confía el éxito á una sola cabeza y anula las iniciativas de los núcleos secundarios, desligados.

PARA nuestras empresas de América no fué necesario cambiar nada y los conquistadores, en cuanto hombres de armas, fueron legítimos guerrilleros; lo mismo los más bajos que los más altos, sin exceptuar á Hernán Cortés. He aquí porqué Europa no ha comprendido nunca á nuestros conquistadores, y les ha equiparado á bandoleros. Mil veces, desde que vivo fuera de España, he oído la eterna acusación, lanzada por sabios é ignorantes y hasta por los poetas, que suelen tener más ancho criterio para comprender las cosas humanas. Heine, en su «Romancero», en su torpe leyenda de «Vitzliputzli» lla-

ma también á Hernán Cortés: «un capitán de bandidos.» Y en vez de indignarse, creo que lo procedente es decir que no comprenden á nuestros conquistadores, porque no han podido tenerlos.

Holanda imitó la política de Portugal y buscó también en la colonización fuerzas que la exigüidad de su territorio no le daba para asegurar su independencia en el continente; pero Holanda contaba ya con medios de acción mucho más perfectos, y como además su espíritu era ya otro, su colonización se transformó en negocio comercial, en algo útil, práctico, sin duda, pero que ya no era tan noble; y esta colonización así entendida pasó del Continente á Inglaterra, que adquirió luego la supremacía colonial en el mundo; y acaso sería más justo decir que no pasó á Inglaterra, sino á Escocia, puesto que los escoceses, no los ingleses, fueron los iniciadores. En nuestros días, Bélgica, ó mejor, el rey de las belgas, ha emprendido la misma política (la cual puede ser peligrosa si, sacando al país de su neutralidad, no le diera los medios para sostener por cuenta propia lo que hoy está sostenido por el acuerdo de las naciones;) pero esta política, que desde luego es noble y generosa, está apoyada también en el comercio y en la acción militar regular, no en el espíritu conquistador; que no son conquistadores quienes sirven un breve período de tiempo en una colonia por obtener riquezas ú honores, sino quienes conquistan por necesidad, espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente. Y tan conquistadores como Cortés ó Pi-

zarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiéndose en una rebelión por España y San Ignacio de Loyola, otro oscuro soldado que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual. Cuando Europa, pues, habituada á la acción regular de la milicia y del comercio ve á unos cuantos aventureros lanzarse á la conquista de un gran territorio, no pudiendo ó no queriendo comprender la fuerza ideal que les anima, los toma por salteadores de caminos, ó interpreta las crueldades que por acaso cometan, no como azares del combate, sino como revelación de instintos vulgares, sanguinarios; sin fijarse en que sin esos héroes tan mal juzgados, de quienes puede decirse que fueron los roturadores del mundo colonial, no hubieran venido después los que sembraron y recogieron, los que no contentos con sacar la utilidad del trabajo ajeno, pretenden recabar para sí toda la gloria.

**T**ALES errores de juicio responden á una hipocresía sistemática en que hoy todos nos complacemos, á una ceguedad intencionada ó voluntaria, de que todos padecemos. Unimos el efecto á la causa sólo cuando uno y otra están ya unidos de un modo natural y no hay medio de separarlos. Un ejército que lucha con armas de mucho alcance, con ametralladoras de tiro rápido y con cañones de grueso calibre, aunque deje el campo sembrado de cadáveres es un ejército glorioso; y si los cadáveres son de raza negra, entonces se dice que no hay tales cadáveres. Un soldado que lucha cuerpo á cuerpo y que mata á su enemigo de un bayonetazo, empieza á parecernos brutal; un hombre vestido de paisano,

que lucha y mata, nos parece un asesino. No nos fijamos en el hecho, nos fijamos en la apariencia.

Nuestra sociedad desprecia y maltrata al prestamista y admira y ennoblece al banquero. ¿Porqué? Porque el prestamista se pone en contacto con su clientela y el banquero trabaja en grande escala, valiéndose con frecuencia del telégrafo y del teléfono. Nos irrita que el prestamista lleve un tanto por ciento exagerado, porque la víctima sabe quién le hace el mal y al quejarse nos dice el nombre del usurero; nos maravilla que un bolsista gane un millón en una jugada hábil, porque las víctimas no le conocen y al caer en la ruina, quizás al acudir al suicidio no pueden decir quién ha abusado de su torpeza ó de su ignorancia.

Yo he vivido en países donde el crédito está admirablemente organizado, donde no hay apenas capital inactivo, pues todo él está en manos que lo hacen fructificar. Hay combinaciones variadísimas para que los trabajadores puedan ahorrar obteniendo intereses, desde una peseta en adelante; para que los niños puedan ahorrar desde un sello de á céntimo, á fin de que desde pequeños vayan adquiriendo hábitos de economía. Todo esto está muy bien. Pero no he vivido en ningún país, donde en caso de apuro una familia pobre (que en todas partes las hay) saque más partido que en España de una camisa vieja ó de unos calzoncillos usados. Nos superan en el crédito negativo, que es el de recoger; pero se quedan muy por bajo en el positivo, que es el de dar. Nuestro crédito también se organiza en guerrillas y los prestamistas son los guerrilleros. Su acción es indi-

vidual y por esto, como dije, es más irritante; pero su malicia está encauzada por la misma estrechez de su círculo de operaciones; conforme este círculo se agranda, aumenta sin duda la cuantía de las empresas hasta llegar á las obras colosales, de las que se dice que son las «maravillas del crédito;» pero la maldad crece en la misma proporción y las catástrofes también son colosales y maravillosas.

Yo no diré así en absoluto esto es mejor que aquello; en absoluto sólo puede decirse que ambas cosas son malas. No me gusta la propiedad individual ni la colectiva; pero la comprendo aliada con el amor; un hombre que posee una casa y la ama, porque en ella nació y piensa morir, es un propietario útil; un hombre que construye casas y las posee sólo hasta que logra venderlas con beneficio, es un propietario perjudicial, pues si le dejan, será capaz de construir las tan frágiles, que se hundan y aplasten á los pobres inquilinos. Todo el progreso moderno es inseguro, porque no se basa sobre ideas, sino sobre la destrucción de la propiedad fija, en beneficio de la propiedad móvil; y esta propiedad, que ya no sirve sólo para atender á las necesidades del vivir y que en vez de estar regida por la justicia está regida por la estrategia, ha de acabar sin dejar rastro, como acabaron los brutales imperios de los medos y de los persas.

**N**UESTRO desprecio del trabajo manual se acentúa más de día en día y sin embargo en él está la salvación; él solo puede engendrar el sentimiento de la fraternidad, el cual exige el contacto de unos hombres con otros. Así, la guerra civilizada, que parece

más noble, porque coloca á gran distancia á los que matan y á los que mueren, es una guerra profundamente egoísta y salvaje, porque impide que se muestre la piedad; el que lucha desde lejos mata siempre que acierta á matar; el que lucha cuerpo á cuerpo unas veces mata y otras veces se compadece y perdona. Los españoles son tenidos por guerreros duros y crueles y acaso sean los que han ofrecido más ejemplos de piedad y de magnanimidad, no porque sean más magnánimos y más piadosos, sino porque han peleado siempre muy cerca del enemigo.

Para valerme de una demostración más vulgar y por tanto más enérgica, compararé al zapatero de portal con el fabricante de zapatos. Si pregunto cuál de los dos es más meritorio en su oficio, se me dirá que el fabricante; porque éste trabaja en grande escala, con mayor delicadeza y elegancia y acaso á más bajo precio. Yo estoy por el zapatero de portal, porque éste trabaja sólo para unos cuantos parroquianos, y llega á conocerles los pies y á considerar estos pies como cosa propia; cuando hace un par de botas no va sólo á ganar un jornal, va á afanarse cuanto pueda para que los pies encajen en las botas perfectamente, ó cuando menos, con holgura; y esta buena intención basta ya para levantarle á mis ojos muy por encima del fabricante que mira sólo á su negocio y del obrero mecánico que atiende sólo á su jornal. Venimos, pues, á la misma conclusión que cuando hablábamos del propietario; hay un obrero socialmente útil, el que trabaja y ama su obra, y un obrero perjudicial, el que trabaja por instinto utilitario. Esto no lo dice sólo la cabeza; meditando un

poco sobre el caso del zapatero, pareceme que hasta nuestros pies se pondrían de parte de la ya casi extinguida descendencia de San Crispín, quien no trabajó nunca en ninguna fábrica, ni hubiera llegado á santo si hubiera sido fabricante.

**S**IEMPRE que en España surge un conflicto que demanda ser resuelto por la fuerza de las armas, presenciamos el espectáculo de la insubordinación de todas las clases sociales, deseosas de suplir la acción del Estado, en la que no se tiene absoluta confianza, y de tomar sobre sí la dirección de la guerra. Y los hombres sensatos condenan duramente esas iniciativas, claman contra el desequilibrado espíritu nacional y piden poco menos que un silencio religioso y solemne, para que el ejército cumpla su misión con entero desembarazo. Esto es lógico, es científico y no es español. Si fuera posible destruir las anomalías de nuestro carácter, habría en el acto que suplirlas con un militarismo tan desenfrenado como el que hoy consume á las naciones del continente. Cuando todo el mundo aumenta su poder militar de una manera formidable, sólo dos naciones se mantienen refractarias: Inglaterra, enemiga por tradición de los grandes ejércitos, tiene sólo un ejército, organizado según sus propias ideas y apropiado á las necesidades de su política; España confía la salvaguardia de su independendencia al espíritu del territorio y cuenta con fuerzas suficientes para sostener el orden interior; no posee siquiera un ejército colonial, á pesar de ser una nación colonizadora. Y acaso las dos naciones que puedan mirar con más seguridad el porvenir sean España é Inglaterra,

porque la una tiene su apoyo más firme en el carácter nacional y en el aislamiento y la otra en su situación insular y en sus fuerzas navales.

Si fuese posible, pues, destruir nuestro espíritu territorial y confiar nuestros intereses á un ejército numeroso y disciplinado, nuestra independencia, hoy indiscutible, estaría constantemente amenazada. He aquí que hemos organizado un ejército de cien mil hombres, más aún, de quinientos mil; supongamos que todos esos hombres obedecen á una sola cabeza y supongamos, que ya es suponer, que hay una cabeza para dirigir á todos esos hombres. Esa masa militar recibe el choque del enemigo, que viene por el Norte, y como es tres ó cuatro veces inferior en número, vemos con dolor que en virtud de los principios del arte moderno de la guerra, queda derrotada, aplastada, como los franceses en Sedán. ¿Qué hacer? ¿Dejar que el enemigo disperse los restos de nuestro ejército derrotado, sitie Madrid y lo tome si así le parece conveniente, firmar luego un tratado por el que se nos sangre y se nos mutile, y quedarnos contentos porque se nos dice que nuestra derrota se ajusta á los preceptos que hoy recomienda la civilización? Si la guerra hubiera de ser no más que una lucha científica de dos cabezas que jugaran con las masas de hombres como se juega en la Bolsa con los capitales, bastaría conocer los censos de población para que los menos se humillasen ante los más, para que una nación de quince millones de habitantes se considerara virtualmente vencida por otra de treinta ó cuarenta. Ante la idea de esta esclavitud brutal, bien que bajo apariencias civilizadas,

toda alma noble é independiente se subleva y busca el remedio en la acción individual y se defiende con arreglo á otra táctica que equilibre las fuerzas desiguales; y el arte militar acude á este deseo y así como da reglas para regir grandes masas, da también reglas para destruir esas grandes masas.

Véase, pues, cómo una idea que parece vaga é inaprisionable, como la del espíritu del territorio, lleva en sí la solución de grandes problemas políticos. Nosotros queremos tener ejércitos iguales á los del Continente y nuestro carácter pide, exige, un ejército peninsular. El soldado continental comprende la solidaridad y se siente más valiente y animoso cuando sabe que con él van contra el enemigo uno ó dos millones, si es posible, de compañeros de armas. El soldado peninsular se encoge y se aflige y como que se ahoga cuando se ve anulado en una gran masa de tropas, porque adivina que no va á obrar allí humanamente, sino como un aparato mecánico. El número da al uno fuerzas y al otro se las quita. En cambio, si sobreviene un desastre á cualquiera de los grandes ejércitos de Europa, la desmoralización es casi instantánea, porque la fuerza principal no estaba dentro de los soldados, sino en la cohesión que se rompe y en la confianza que desaparece; y un ejército español renace una y cien veces como un fénix, porque su fuerza constitutiva era el espíritu del soldado y ese espíritu no cuesta nada, lo da gratuitamente la tierra.

**P**OR donde quiera que echemos á andar por los caminos de España, nos saldrá al paso la eterna esfinge con la eterna y capciosa pregunta:—¿es me-

¡jor vivir como hasta aquí hemos vivido, ayer cargados de gloria, hoy hundidos y postrados, mañana de nuevo en la prosperidad y siempre organizados al modo bohemio, ó conviene romper definitivamente con las malas tradiciones, convertirnos en nación á la moderna, muy bien ordenada y equilibrada? Ni esto ni aquello. No debemos cruzarnos de brazos y dejar que hasta lo que es virtud se transforme en causa de menosprecio y de escarnio; hay que tener una organización y para que ésta no sea de puro artificio, para que cuaje y se afirme, ha de acomodarse á nuestra constitución natural. Aunque parezca extraño á primera vista, una organización de ese género es tan hacedera, está tan al alcance de la mano, que no requiere ningún esfuerzo de imaginación, ni largas meditaciones, ni complicados razonamientos. Lo lógico sale al paso y si no lo vemos muchas veces es porque estamos distraídos buscando soluciones caprichosas.

Organizar un ejército que sirva á la vez para una guerra á la moderna y para una guerra á la española, parece obra de romanos. Y no obstante, esa obra estuvo ya realizada en nuestra época de apogeo militar; basta, para resucitarla, constituir los pequeños núcleos ó unidades de combate con tal solidez y vigor, que lo mismo sirvan para formar unidos un ejército regular que, separados, en caso de dislocación, para formar centros de suprema resistencia. Un ejército español no puede prescindir del espíritu guerrero individual de los habitantes del territorio, ha de contar con él y ha de apoyarse, en caso extremo, sobre él; sus unidades de combate no deben de

ser organismos «técnicos» solamente, sino reducciones de la sociedad plena y entera. Hay que prescindir de organizaciones artificiales, imitadas de los triunfadores del día ó de la víspera y atenerse á lo que las necesidades propias exigen, sin fijarse en lo que hagan los demás. La imitación de lo extraño tiene que concretarse á los detalles, á todo aquello que sea progreso efectivo y encaje bien dentro de la concepción nacional; pues á veces, lo que en otro país es cuestión de primer orden, en el nuestro es menos que de segundo ó tercero y lo que es útil, inútil y hasta perjudicial, por falta de concordancia con lo esencial de nuestra organización.

En un ejército continental lo más importante es la movilización de las grandes masas, con rigor matemático, con la precisión de un mecanismo perfecto; lo secundario es la función de cada unidad de combate; en un ejército español, la movilización, con ser de tan alta trascendencia, es lo secundario, y lo principal es la función desligada de las compañías; las cuales por esto mismo han de ser un reflejo y un compendio de la nación, de todas las clases sociales, de lo actual y de lo tradicional, de lo que la nación fué y es y desea ser. El mejor ejército español no será aquel que cuente con muchos soldados, sometidos á una sola cabeza, sino aquel que se componga de compañías, que se muevan como un solo hombre y que tengan, como el dios Jano, dos caras, una mirando al campo donde se libran las batallas regulares, y otra á la montaña donde se encuentra un último y seguro refugio para defender la independencia nacional.



C ONTADOS son los libros donde no se emplea la alegoría de la nave como símbolo de las cosas humanas. No hay medio de escapar de tan manoseado tópico, porque las ideas que nos vienen al espíritu cuando vemos una nave flotando sobre las aguas, son las que más claramente revelan nuestra concepción universal y harmónica de la vida. Yo vivo en una casa rodeada de árboles, junto al mar. Á veces veo en el lejano horizonte la forma indecisa de un barco que surge entre el mar y el cielo, como portador de mensajeros espirituales; después comienzo á distinguir el velamen y la arboladura; luego el casco y algo confuso que se mueve; más cerca las maniobras de los tripulantes; por fin veo entrar el barco en el puerto y arrojar por las escotillas sobre el muelle la carga multiforme que lleva escondida en su enorme buche. Y pienso que así se nos presentan también las ideas; las cuales comienzan por un destello divino, que conforme toma cuerpo en la realidad va perdiendo su originaria pureza hasta hundirse y encenagarse y envilecerse en las más groseras encarnaciones. Por un instante que el alma se deleite en la contemplación de una idea que nace limpia y sin mancha entre las espumas del pensamiento cuánta angustia después para hacer sensible esa idea en alguna de las menguadas y raquílicas formas de que nuestro escaso poder dispone, ¡cuánta tristeza al verla convertida en algo material, manchada por la impureza inseparable de lo material!

Si esto puede decirse de todas las ideas, aplícase

con más rigor que á las demás, á la idea de justicia; nada existe que parezca venir de tan alto y nada existe que descienda tan bajo; nada hay que se presente más simple y más puro y nada hay que tome aspecto más impuro, ni más grosero, ni más inhumano.

**E**L espíritu jurídico de un país se descubre observando en qué punto de la evolución de la idea de justicia se ha concentrado principalmente su atención. Porque los códigos poco valen, tienen sólo un valor objetivo; han de ser interpretados por el hombre. No basta decir que España se rigió por leyes romanas y luego por leyes romanas y germánicas y luego por una amalgama de éstas y de los principios jurídicos que el progreso fué introduciendo en las antiguas legislaciones; porque si se miran las cosas de cerca, ha existido y existe por encima de todo ese fárrago de leyes reales, una ley ideal superior, la ley constante de interpretación jurídica, que en España ha sido más bien de disolución jurídica.

España no ha tenido nunca leyes propias; le han sido impuestas por dominaciones extrañas; han sido hechos de fuerza. Así, cuando durante la Reconquista se relajaron los vínculos jurídicos, desapareció la unidad legislativa y casi pudiera decirse que hasta la ley; puesto que los fueros, con que se las pretendía sustituir sistemáticamente, llevaban en sí la negación de la ley. El fuero se funda en el deseo de diversificar la ley para adaptarla á pequeños núcleos sociales; pero si esta diversidad es excesiva, como lo fué en muchos casos, se puede llegar á tan exagerado atomismo legislativo, que cada familia quiera tener una ley para su uso particular. En la Edad

Media nuestras Regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de esos reyes ya achicados; y todas las clases sociales querían fueros y privilegios á montones; entonces estuvo nuestra patria á dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevarsen en el bolsillo una carta foral con un sólo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: — «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana.»

UN criterio jurídico práctico se atiene á la legislación positiva y acepta de buen grado las desviaciones que la idea pura de justicia sufre al tomar cuerpo en instituciones y leyes; un criterio jurídico idealista reacciona continuamente contra el estado de derecho impuesto por la necesidad y pretende remontarse á la aplicación rigurosa de lo que considera que es justo. El primer criterio lleva al ideal jurídico de la sociedad, á la aplicación uniforme, acompasada, metódica, de las leyes; el segundo lleva al ideal jurídico del hombre cristiano, á regirse por la justicia, no por la ley, y á aplacar después los rigores de la justicia estricta por la caridad, por el perdón generosamente concedido.

Como en la filosofía, en el derecho hubo también ilustres rapsodas que convirtieron el derecho pagano en cristiano á fuerza de zurcidos habilísimos, pero conservándole como fundamento invariable la idea romana, la fuerza, en pugna con la idea cristiana, el amor. Duele decirlo, pero hay que decirlo, porque es verdad; después de diez y nueve siglos de apos-

tolado, la idea cristiana pura no ha imperado un sólo día en el mundo. El evangelio triunfó de los corazones y de las inteligencias, mas no ha podido triunfar de los instintos sociales, aferrados brutalmente á principios jurídicos que nuestros sentimientos condenan, pero que juzgamos convenientes para mantener el buen orden social, ó en términos más claros, para gozar más sobre seguro de nuestras vidas y de nuestras haciendas.

**E**XISTE, pues, una contradicción irreductible entre la letra y el espíritu de los códigos y por eso hay naciones donde se profesa poco afecto á los códigos; y una de esas naciones es España. Las anomalías de nuestro carácter jurídico son tales que permiten á veces suponer á quien nos observa superficialmente que somos una nación, donde todas las injusticias, inmoralidades, abusos y rebeldías tienen su natural asiento. No hay pueblo cuya literatura ofrezca tan copiosa producción satírica encaminada á desacreditar á los administradores de la ley; en que se mire con más prevención á un Tribunal, en que se ayude menos la acción de la Justicia. ¿Qué digo ayudar? Más justo es decir que se entorpece y burla si es posible la acción de la justicia. Es algo muy hondo que no está en nuestra mano arrancar; yo he estudiado leyes y no he podido ser abogado porque jamás llegué á ver el mecanismo judicial por su lado noble y serio; y esto le ocurre á muchos en España; á todos los que, como yo, estudian sin abandonar por completo el trabajo manual, sin perder el contacto con el obrero ó con el campesino. Mientras un español permanezca li-

gado á las clases proletarias, que son el archivo y el depósito de los sentimientos inexplicables, profundos, de un país, no puede ser hombre de ley con la gravedad y aplomo que la naturaleza del asunto requiere.

Un día se me acercó un hombre del pueblo para preguntarme:— «¿Usted que es abogado, no quiere decirme qué pena corresponde á quien ha hecho tal cosa de este modo, ó bien de aquel modo? Porque me citan como testigo en tal causa y yo no quiero ir á ciegas, sin saber si hago bien ó mal.» Ese hombre es el testigo español, el cual declara, no lo que sabe, sino lo que previamente adiestrado comprende que ha de conducir á la imposición de la pena que él cree justa. No es que desconfíe de la interpretación imparcial é inteligente de los jueces, porque no los juzgue inteligentes é imparciales, ó porque éstos sean menos dignos que los de otros países, donde se siguen prácticas diferentes; es que no quiere abdicar en manos de nadie. La rebeldía contra la justicia no viene de la corrupción del sentido jurídico; al contrario, arranca de su exaltación. Y esta exaltación tiene dos formas opuestas, que acaso vengan á dar en un término medio de justicia, superior al que rige allí donde la ley escrita es estrictamente aplicada.

La primera forma es la aspiración: á la justicia pura; lo casuístico desagrade y las excepciones enfurecen; se desea un precepto breve, claro, cristalino, que no ofrezca dudas, que no se preste á componendas ni á subterfugios; que sea riguroso, y si es preciso, implacable. Cuando un hombre adquiere una

personalidad bien marcada y cae en las garras de la crítica social, ha de ser impecable, incorruptible, perfecto y hasta santo y aún así el quijotismo jurídico hallará donde hincar el diente, donde herir. ¡Cuántas cosas que en España son piedra de escándalo y que pregonadas á gritos nos rebajan y nos desprestigian he visto yo practicadas regularmente en otros países de más anchas tragaderas!

La segunda forma es la piedad excesiva, que pone en salvar al caído tanto ó más empeño que el que puso para derribarlo; por lo cual en España no puede haber moralizadores, es decir, hombres que tomen por oficio la persecución de la inmoralidad, la corrección de abusos, la «regeneración de la patria.» El espíritu público les sigue hasta que llegan al punto culminante: el descubrimiento de la inmoralidad; pero una vez llegado allí, sin gradaciones, sin que haya como se cree desaliento ni inconstancia, da media vuelta y se pone de parte de los acusados; de suerte, que si los paladines de la moralidad no se paran á tiempo y pretenden continuar la obra hasta darle remate y digno coronamiento, se hallan frente á frente del mismo espíritu que al principio les alentó.

**E**STE dualismo que bajo apariencias de desorden jurídico, lamentado por las inteligencias vulgares, encubre la idea más noble y alta que haya sido concebida y practicada sobre la humana justicia, es una creación del sentimiento cristiano y de la filosofía senequista en cuanto ambos son concordantes. El estoicismo de Séneca no es, como vimos, rígido y destemplado, sino natural y compasivo. Sé-

neca promulga la ley de la virtud moral, como algo á que todos debemos encaminarnos; pero es tolerante con los infractores; exige pureza en el pensamiento y buen propósito en la voluntad, más sin desconocer, puesto que él mismo dió frecuentes tropezones, que la endeblez de nuestra constitución no nos permite vivir en la inmovilidad de la virtud, que hay que caer en inevitables desfallecimientos y que lo más que un hombre puede hacer es mantenerse como tal hombre en medio de sus flaquezas, conservando hasta en el vicio la dignidad.

El entendimiento que más hondo ha penetrado en el alma de nuestra nación, Cervantes, percibió tan vivamente esta anomalía de nuestra condición, que en su libro inmortal separó en absoluto la justicia española de la justicia vulgar de los Códigos y Tribunales; la primera la encarnó en Don Quijote y la segunda en Sancho Panza. Los únicos fallos judiciales moderados, prudentes y equilibrados que en el Quijote se contienen son los que Sancho dictó durante el gobierno de su ínsula; en cambio, los de Don Quijote son aparentemente absurdos, por lo mismo que son de justicia trascendental; una veces peca por carta de más y otras por carta de menos; todas sus aventuras se enderezan á mantener la justicia ideal en el mundo y en cuanto topa con la cuerda de galeotes y ve que allí hay criminales efectivos, se apresura á ponerlos en libertad. Las razones que Don Quijote da para libertar á los condenados á galeras, son un compendio de las que alimentan la rebelión del espíritu español contra la justicia positiva. Hay sí que luchar porque la justicia impere

en el mundo; pero no hay derecho estricto á castigar á un culpable mientras otros se escapan por las rendijas de la ley; que al fin la impunidad general se conforma con aspiraciones nobles y generosas, aunque contrarias á la vida regular de las sociedades; en tanto que el castigo de los unos y la impunidad de los otros son un escarnio de los principios de justicia y de los sentimientos de humanidad á la vez.

**N**o se piense que estas ideas se quedan en el aire, en el ambiente social, sin ejercer influjo en la administración de justicia; por muy rectos que sean los jueces y por muy claros que sean los Códigos, no hay medio de que un juez se abstraiga por completo de la sociedad en que vive, ni es posible impedir que por entre los preceptos de la ley se infiltre el espíritu del pueblo á quien se aplica; y ese espíritu, con labor sorda, invisible y por tanto inevitable, concluye por destruir el sentido que las leyes tenían en su origen, procediendo con tanta cautela que sin tocar á una coma de los textos legales, les obliga á decir, si conviene, lo contrario de lo que antes habían dicho.

El castigo de los criminales está regulado en España aparentemente por un Código, en realidad por un Código y la aplicación sistemática del indulto. En otro país se procuraría modificar el Código y acomodarlo á principios de más templanza y moderación. En España se prefiere tener un Código muy rígido y anular después sus efectos por medio de la gracia. Tenemos, pues, un régimen anómalo, en armonía con nuestro carácter. Castigamos con so-

lemnidad y con rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia; y luego sin ruido ni voces indultamos á los condenados, para satisfacer nuestro deseo de perdón.

**S**i fuera ocasión de detenerse en el análisis de los hechos de nuestra historia, veríamos que muchos de ellos han sido engendrados por el espíritu jurídico independiente; y que son muy pocos los que se derivan de la marcha ordenada de nuestras instituciones regulares. Un momento crítico culminante de la Historia de España es aquel en que Castilla, encerrada en el centro de la Península, deseosa de terminar la Reconquista y de reconstituir la unidad nacional, empieza, pudiera decirse, á balancearse, inclinándose, ya hacia Aragón, ya hacia Portugal. Porque á la unidad no podía llegarse de una vez, puesto que los intereses y aspiraciones de los reinos oriental y occidental eran ó parecían ser antagónicos, y además la unión había de hacerse mediante enlaces, ya que ni las prácticas corrientes ni lo que es más importante, el espíritu nacional, aconsejaban acudir á medios violentos. Castilla pudo ser mediterránea ó atlántica y ambas soluciones debían de iniciar nuevos períodos históricos; y difícilmente se podría imaginar ahora que conocemos las consecuencias de su unión con la parte oriental de la península, que su unión con la parte occidental hubiera sido más fecunda. Sin embargo, siendo la política castellana, una vez terminada la Reconquista, análoga, por no decir idéntica, á la portuguesa, esta unidad, este exclusivismo en la acción, hubiera dado vida á grandezas acaso menos brillantes, pero más firmes y

duraderas que las que trajo la política continental. Lo cierto es que á la solución que se adoptase estaba ligado el curso de los sucesos históricos en nuestra patria y en el mundo, y que por raro azar el problema quedó planteado en términos exclusivamente jurídicos.

De un lado Portugal apoyaba á Juana la Beltraneja y del otro Aragón á Isabel; y la decisión correspondía al pueblo castellano. Un pueblo respetuoso de la ley escrita no hubiera vacilado, y se hubiera puesto de parte de Juana, la cual había nacido en posesión de estado civil. En vez de meterse en averiguaciones indiscretas sobre los devaneos de la reina y de su favorito, lo correcto era atenerse á los principios jurídicos, legales, universales en materia de legitimidad, sin los que el régimen familiar no existiría. ¿Qué sería de la sociedad si la opinión pública pudiera modificar las actas del registro civil y aplicar con estricta justicia el axioma jurídico: «á cada uno lo suyo?» El artículo 109 de nuestro Código Civil vigente, dice: — «El hijo se presumirá legítimo aunque la madre hubiera declarado contra su legitimidad ó hubiera sido condenada como adúltera.» Y este precepto no es invención moderna; se encuentra ya en las Partidas. Pero el pueblo castellano no quiso regirse por preceptos legales, sino por la realidad de los hechos, mejor ó peor conocidos; puesto en el terreno de la legitimidad, necesitó acercarse todo lo más posible á la alcoba de sus príncipes. Y en el caso de la infeliz Juana de Castilla, no se satisfizo con murmurar y zaherir, que era á lo sumo lo procedente; se acogió á la ley natural y am-

parado en ella saltó por encima de todos los cuerpos legales vigentes á la sazón y mantuvo los derechos de Isabel. Y así se constituyó la nacionalidad española.

\*  
\* \*

LA síntesis espiritual de un país es su arte. Pudiera decirse que el espíritu territorial es la médula, la religión el cerebro, el espíritu guerrero el corazón, el espíritu jurídico la musculatura y el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo unifica y lo mueve. Suele pensarse que la religión es superior al arte y que el arte es superior á la ciencia, considerando sólo la elevación del objeto hacia el cual tienden; pero vistos desde el punto de vista en que yo me coloco, como fuerzas constituyentes del alma de un país, la superioridad depende del carácter de cada país. En el fondo, ciencia, arte y religión son una misma cosa; la ciencia interpreta la realidad mediante fórmulas, el arte mediante imágenes, y la religión mediante símbolos, y rara es la obra humana en que se encuentra una interpretación pura. La ciencia se vale de hipótesis, que no son otra cosa que imágenes utilizadas para cubrir los huecos que no se pueden llenar con fórmulas; el arte propende al simbolismo y en algunos casos se transforma en religión (y en los períodos de decadencia en ciencia arbitraria, fantástica, caprichosa y hasta documental); y la religión se sirve por necesidad del arte y de la ciencia para humanizar sus simbolismos. La diferencia real está en el sujeto; según la aptitud espiritual predominante en cada

individuo, el mundo se muestra en una ú otra forma; y todos ellos, bajo distintos aspectos y con diversa energía, producen el mismo resultado «útil»: la dignificación del hombre.

Para un matemático, el binomio de Newton es una obra de arte y es un dogma. Un artista verá en el binomio, si por acaso llega á comprenderlo, una igualdad de términos que siendo al parecer semejantes, encierran en sí cantidades equivalentes, ni más ni menos que en la igualdad: tres más tres igual á cinco más uno; un matemático verá en él una evolución ideal completa, que conduce por fórmulas graduales é inteligibles del arcano á lo evidente y un símbolo de valor general para remontarse al conocimiento de nuevas y desconocidas leyes de la realidad abstracta. En cambio, si un matemático analiza un drama de amor, como el de los «Amantes de Teruel», acaso lo reduzca á la fórmula: «lo infinito es igual á cero» ó á una ecuación amorosa en que la incógnita sea el sentimiento del deber; mientras que para un artista, el drama estará en la lucha interior de los sentimientos y en las formas visibles, plásticas, en que estos se exteriorizan, y para el creyente el drama será como un símbolo religioso, y los amantes no serán fuerzas ciegas movidas por el instinto, según la idea de Schopenhauer, sino dos almas dueñas de sus destinos, ennobleciéndose por la abnegación y por la dignidad con que transforman la pasión humana, contraria al deber, en amor espiritual y místico, mediante la muerte por el dolor, la transfiguración, el tránsito desde la vida á las regiones donde el deber no existe, donde hay solo

un deber, el de amar, que más que deber es goce y deleite de las almas.

**H**AY, pues, muchos modos de servir al ideal y á cada hombre se le debe de pedir sólo que lo sirva, según su natural comprensión; y á cada pueblo que lo entienda según su propio genio. Aunque sea vulgar el modo de expresión, hay que acudir á él por lo exacto: en el ideal existe también y debe de existir una prudente «división del trabajo.» Los hebreos fueron un pueblo religioso; los griegos, artistas; los romanos, legisladores. Todas las naciones europeas así como las civilizadas por la influencia de Europa, están constituídas sobre esos tres sillares: la religión cristiana, el arte griego y la ley romana. Y aunque parezca que por esta conexión en los orígenes ya no puedan existir pueblos donde se destaque con vigor una forma del ideal, dejando anuladas las otras, en realidad sí existen esos pueblos, bien que en la actualidad no los distingamos bien, por hallarnos á muy corta distancia. La vida de una nación ofrece siempre una apariencia de integridad de funciones, porque no es posible existir sin el concurso de todas ellas; mas conforme transcurre el tiempo se va notando que todas las funciones se rigen por una fuerza dominante y céntrica, donde pudiera decirse que está alojado el ideal de cada raza; y entonces comienza á distinguirse el carácter de las naciones y el papel que han representado con más perfección en la historia ó comedia universal.

Nuestras ideas, si se atiende á su origen, son las mismas que las de los demás pueblos de Europa; los cuales, con mejor ó peor derecho, han sido partícipes

del caudal hereditario legado por la antigüedad; pero la combinación que nosotros hemos hecho de esas ideas es nuestra propia y exclusiva y es diferente de la que han hecho los demás, por ser diferente nuestro clima y nuestra raza. Á la vista está nuestro desvío de las ciencias de aplicación; no hay medio de hacerlas arraigar en España, ni aun convirtiéndolo á los hombres de ciencia en funcionarios retribuidos por el Estado. Y no es que no haya hombres de ciencia; los ha habido y los hay; pero cuando no son de inteligencia mediocre, se sienten arrastrados hacia las alturas donde la ciencia se desnaturaliza, combinándose ya con la religión, ya con el arte. Castelar quiere ser historiador y sus estudios se le transforman en cantos épico-oratorios; Echegaray, matemático y dramaturgo, maneja los números con la maestría y profundo espiritualismo de los pitagóricos; y Letamendi escribe en nuestro tiempo sobre Medicina como un filósofo hipocrático.

**N**UESTRO espíritu es religioso y es artístico y la religión muchas veces se confunde con el arte. A su vez el fondo del arte es la religión en su sentido más elevado, el misticismo juntamente con nuestras demás propiedades características: el valor, la pasión, la caballerosidad. Pero al decir esto, que es lo que la generalidad de las gentes dice ó piensa, no se dice nada ó casi nada; porque más importante que la tendencia ideal de un arte es la concepción y ejecución de la obra, ó sea, la «obra en sí». Los pueblos tienen personalidad, estilo ó manera como los artistas; dos pintores muy devotos de la Virgen pintan dos Vírgenes que no tienen entre sí punto

de relación; y dos pueblos religiosos, nobles, apasionados, pueden dar vida á dos artes antagónicas; y la razón de esta diferencia está en el hecho interesante de que, mientras el fondo del arte procede de la constitución ideal de la raza, la técnica arranca del espíritu territorial.

Hace algún tiempo escribí yo que Goya era un genio ignorante y lo escribí con temor; porque comprendía que ese juicio que para mí era y es exacto, parecería disparatado ó paradójico según el modo vulgar de examinar y comprender las cuestiones de arte; asimismo creo que Velázquez, que no es solamente un genio, que es el más grande genio pictórico conocido hasta el día, era tan ignorante como Goya. No echo yo de menos ninguna de las manoseadas «reglas»; ni hallo esa ignorancia corriente que engendra los anacronismos, la falsedad de los caracteres, la torcida interpretación de los hechos históricos, las monstruosidades anatómicas y demás torpezas y deficiencias que destruyen el efecto total de un cuadro; lo que yo veo es la carencia de reflexión técnica, ó dicho en términos más llanos, que el artista no conoce cuándo está la obra en su verdadero punto de ejecución, porque se deja sólo guiar por el impulso de su genio. Y como el genio es una facultad falacísima, raras veces la mano que por él se guía remata bien una obra; en cualquier momento de la ejecución la obra «es»; pero sólo en uno «está»; y la mano se detiene á capricho, al azar, no en el momento de suprema perfección. Esta inseguridad produce en los momentos felices de los grandes genios creaciones originales, de esas que forman época

en el mundo; pero aceptada como procedimiento sistemático es causa de que los entendimientos medianos y á veces los grandes también, fracasen vergonzosamente y de que esas mismas creaciones originales no traigan consigo como debieran un ennoblecimiento de las artes del país en que aparecen, antes contribuyan á formar el mal gusto y á precipitar la decadencia y envilecimiento del ideal.

No se piense que el rasgo señalado es privativo de Velázquez ó de Goya; es constante y es universal en nuestro arte, porque brota espontáneo de nuestro amor á la independencia. Por eso en España no hay términos medios. Los artistas pequeños como los grandes van á ver lo que sale, y cuando empiezan á trabajar no suelen tener más que una idea vaga de la obra que van á crear y una confianza absoluta en sus fuerzas propias, en su genialidad, cuando no «confían en Dios y en la Reina de los Cielos» como dicen los romances que cantan los ciegos en las plazuelas. Siempre que un español de buena estirpe coge la pluma, ó el pincel, ú otro instrumento de trabajo artístico, se puede pensar, sin temor de equivocarse, que aquel hombre está igualmente dispuesto para crear una obra maestra ó para dar vida á algún estupendo mamarracho.

No existe en el arte español nada que sobrepuje al Quijote; y el Quijote, no sólo ha sido creado á la manera española, sino que es nuestra obra típica, «la obra» por antonomasia; porque Cervantes no se contentó con ser un «independiente»; fué un conquistador; fué el más grande de todos los conquistadores, porque mientras los demás conquistadores conquis-

taban países para España, él conquistó á España misma, encerrado en una prisión. Cuando Cervantes comienza á idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso; pero fuera de él, no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones; después coge esas figuras y les arrea, pudiera decirse, hacia delante, como un arriero arrea sus borricos, animándoles con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el Quijote. Está escrito en prosa y es como esas raras poesías de los místicos en las que igual da comenzar á leer por el fin que por el principio, porque cada verso es una sensación pura y desligada, como una idea platónica.

¿CÓMO se explica que Lope de Vega, con su genio dramático original, fecundísimo, no nos haya dejado una obra «acabada» como «Hamlet»? No es que las facultades creadoras de Lope fueran inferiores á las de Shakespeare; sino que Shakespeare disparaba después de apuntar bien y daba casi siempre en el blanco; mientras que Lope no daba casi nunca porque tiraba sin apuntar, al aire. Y esta diferencia es tan clara, que en España misma Lope se ha visto relegado á segundo término por Calderón, que se servía de tipos teatrales, sin la lozanía y la espontaneidad de los del teatro de Lope; pero que sabía concentrar más su atención é infundir á sus personajes y escenas cierta intensidad, cierta emoción interiores, sin las cuales no hay obra duradera. Y no se crea que Calderón profesaba principios estéticos más firmes que los de Lope; cuando la independencia del artista es tan exagerada como en

nuestro país, poco importan los principios, puesto que cada cual hace lo que mejor le parece; las equivocaciones y aciertos dependen en gran parte del azar, de una intuición feliz, interpretada con mejor ó peor fortuna. Un estudiante, para distraerse durante las vacaciones, comienza á escribir «La Celestina» y conquista el primer puesto en la literatura dramática española.

**S**I el teatro español se hunde desde las alturas de Lope en los abismos insondables donde vivía la ilustre patulea que sirvió á Moratín para componer su «Comedia nueva,» la culpa no es ciertamente de los discípulos de Don Hermógenes; es de Lope; y más que de Lope, de nuestro carácter. Los más bajos pretenden ser artistas como los más altos; no se detienen en un arte mediano y decoroso; se precipitan en los antros del salvajismo artístico. Yo ví una vez una Concepción de la escuela industrial sevillana, que me hizo pensar: el autor de este atentado es un pintor de brocha gorda; pero hay que ser justos y reconocer que maneja las brochas con la misma soltura con que Murillo debía de manejar los pinceles. Yo no acepto el criterio estrecho, mezquino y más francés que español de Moratín, quien conocía bien nuestro arte, pero no llegó nunca á comprenderlo. De no haber remedio humano para nuestras flaquezas artísticas, preferible es que seamos alternativamente geniales y tontos, que no que fuéramos constantemente correctos y mediocres. Pero esto no obsta para señalar que nuestro carácter, en cuanto á la técnica artística, es un exaltado amor á la independendencia, que nos lleva á no hacer caso de

nadie, á lo sumo á proceder por espíritu de oposición y luego á no hacer caso de nosotros mismos, á trabajar sin reflexión y á exponernos á los mayores fracasos.

Cuando el teatro francés de Corneille imperaba con más fuerza en Alemania, hubo un crítico dramático de extraordinaria perspicacia y comprensión, Lessing, que le movió guerra en nombre de los mismos principios del teatro clásico, de los que aquel era una falsa interpretación, demostrando la superioridad del teatro romántico de los españoles y de los ingleses. Y sin embargo, el teatro de Corneille era también como un reflejo del teatro español; era una mezcla monstruosa de la sobriedad y severidad del teatro griego y de las peripecias y artificios dramáticos imaginados por la fértil fantasía de Lope. Cito este ejemplo para hacer ver cuán peligroso es nuestro arte para los que intentan imitarlo. El mismo autor de la «Dramaturgia», enamorado de la poesía, viveza y naturalidad de nuestro teatro, hacía grandes reservas en cuanto á los recursos teatrales inventados sin reflexión ni medida por nuestros autores. Por esto nuestra influencia en el desarrollo del teatro alemán fué secundaria y Schiller pudo decir más tarde con visos de verdad «que los alemanes habían tenido por únicos guías á los griegos y á Shakespeare».

Lo más interesante en estas anomalías que de nuestro carácter provienen, es que no hay medio de evitarlas, imitando los buenos modelos y formando escuelas artísticas; nosotros no queremos imitar, pero aunque quisiéramos, no podríamos ha-

cerlo con fruto, porque nuestros modelos, por su excesiva fuerza personal, son inimitables; y así se aclara el hecho anómalo de que siendo tan independientes, sea nuestro arte, como nuestra historia, una continuada invasión de influencias extrañas. En cuanto nos quedamos solos destruimos nuestro arte y para renovarlo tenemos que salir fuera de España para equilibrar nuevamente nuestro gusto; y apenas éste está un poco depurado, volvemos á las andadas. Estúdiense la historia del arte español en nuestro siglo, la historia del arte que vive al aire libre, pues hay algún arte como la música que en su estilo genuinamente español y elevado apenas ha salido de los templos, y se comprobará la idea que acabo de exponer. Hemos tenido dos grupos de pintores que, el uno en Francia, el otro en Italia, han buscado el medio de renovar nuestro arte; y apenas levantado un poco el nivel estético de la nación, han aparecido también los españoles, los independientes y con ellos los primeros asomos de insubordinación y desorden. Tendremos como siempre obras magistrales creadas por los maestros y una rápida degradación provocada por la audacia y desenfado de los aprendices.

En cuanto á la poesía, á la novela, á la vista de todos está cómo hemos tenido ó tenemos representantes de todas las tendencias artísticas de Europa sin llegar á constituir grupos, por nuestra tendencia ó propensión á desvirtuar las formas convencionales aunque estén en gran predicamento, para convertirlas en estilo propio y personal; y á la vista está también que ningún poeta, ó novelista, ó simplemente escritor, acepta lecciones de quienes son reconocidos

y acatados como maestros, que todos desean ser cabezas, de ratón ó de león poco importa, y que en vez de formar un ejército literario, no somos más que una partida de guerrilleros de las letras.

¿E s imposible en absoluto modificar estos instintos de insubordinación que nos destrozan y nos aniquilan? Yo creo que no. A pesar de nuestro espíritu de independencia, hemos podido constituir dos naciones en nuestra península; no ha sido una sola, pero no han sido tampoco más de dos; luego alguna cohesión se ha dado en este punto al espíritu territorial. En cambio, en las artes, en vez de adelantar, retrocedemos. Por un error inexplicable, se ha creído que la anarquía proviene de las literaturas regionales, siendo estas al contrario, esfuerzos en pró de la disciplina; y por otro error de mayor calibre aún, se ha pensado que la centralización traería la cohesión, cuando para lo que sirve es para sacar á los individuos de los centros donde podrían recibir la influencia bienhechora de un templado ambiente intelectual y lanzarlos en el vacío y en la soledad de un medio más culto, pero más móvil é incoherente, en el cual no se encuentra nada que sirva de punto de apoyo, ni que dome los arranques naturales que suelen propender á la exageración y al desequilibrio. España, como nación, no ha podido crear todavía un ambiente común y regulador, porque sus mayores y mejores energías se han gastado en empresas heroicas. Apenas constituida la nación, nuestro espíritu se sale del cauce que le estaba marcado y se derrama por todo el mundo en busca de glorias exteriores y vanas, quedando la nación convertida

en un cuartel de reserva, en un hospital de inválidos, en un semillero de mendigos. ¿Qué extraño, pues, que en ambiente tan pobre los hombres de valer que por acaso quedaban, sintiesen el deseo de dar rienda suelta á sus facultades sin comprender á dónde iban ni dónde debían detenerse? La reflexión no es como se cree un hecho puramente interno, es más bien una labor de unificación de las reflexiones que nos inspira la realidad en que vivimos; y aun á los espíritus más independientes hay medio de someterlos á la obra común, si se les rodea de espíritus que les cerquen y les aprisionen.

**A**L estudiar la historia de las artes españolas hay que fundar la unión en las ideas. Tenemos una «Historia de nuestras ideas estéticas»; pero no tenemos (iba á decir ni podremos tener) una historia de nuestros procedimientos técnicos, de nuestros estilos, de nuestras escuelas; porque en España no es fácil relacionarlos todos en una unidad superior, en un concepto general, en una verdadera Escuela; y así los puntos más altos de nuestro arte no están representados por grupos unidos por la comunidad de doctrinas, sino por genios sueltos que, como Cervantes ó Velázquez, forman escuela ellos solos. En Francia hay cuatro ó seis mil gacetilleros ó cronistas, que sin una idea en la cabeza escriben con el aplomo de los grandes escritores. El espíritu patriótico les fuerza á formar núcleos y alrededor de cada sol giran innumerables planetas, satélites, asteróides y hasta bólidos. Cierto que esa gente menuda no hace cosas de gran provecho; pero tampoco hace daño. Mientras que en España sólo sirve para arrasar el

sentido estético de la nación. Como dice mi amigo Navarro y Ledesma, uno de los pocos españoles que todavía piensan en castellano, la lengua francesa es como un gabán, y la española como una capa; no hay prenda más individualista ni más difícil de llevar que la capa; sobre todo cuando es de paño recio y larga hasta los pies. Esto es verdad; la lengua castellana es una capa y la mayoría de los escritores españoles la llevamos arrastrando.

**E**s incalculable el número de ingenios, arrebatados á las artes españolas por las guerras y por la colonización; y la pérdida fué doble, pues se perdió todo lo que no crearon y la influencia que pudieron ejercer sobre los que quedaban. Y esta idea no es hija de un sentimentalismo hueco; yo no hallo gran diferencia entre la muerte y la vida, pues creo que lo que realmente vive son las ideas; pero también ha de vivir el individuo que es el creador de las ideas y la especie en cuanto necesaria para servir de asilo á las ideas. Así pues, no doy importancia á la muerte, ni menos á la forma en que nos asalta; lo que me entristece es que se queden en el cuerpo muerto las creaciones presentes ó futuras del espíritu. Hay muchas maneras de amar la patria y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya á dignificarla. Nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva, que no damos importancia más que al derramamiento de sangre. Los que no luchan con las armas ó por lo menos con arrebatados discursos son la «obra muerta» de la sociedad, son mirados con desprecio. Ya decía Goethe á este propósito con-

testando á los que le acusaban de falta de patriotismo: — «Yo he procurado llegar á donde más alto he podido en aquellas cosas á que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión, no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra; si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo». No se puede hablar con más elevación y justicia; mucho vale la sangre, pero más vale la obra del espíritu. Los hovas, los cafres, los hotentotes, los matabeles y los zulús derraman también su sangre por defender el suelo patrio; en los pueblos cultos eso no basta; hay que luchar por el engrandecimiento ideal de la gran familia en medio de la cual se ha nacido, y este engrandecimiento exige algo más que el mero sacrificio de la vida.

**E**L Siglo de Oro de las artes españolas, con ser tan admirable, es sólo un asomo ó un anuncio de lo que hubiera podido ser si terminada la Reconquista hubiéramos concentrado nuestras fuerzas y las hubiéramos aplicado á dar cuerpo á nuestros propios ideales. La energía acumulada en nuestra lucha contra los árabes no era sólo energía guerrera, como muchos creen, era, según haré ver después, energía espiritual. Si la fatalidad histórica no nos hubiera puesto en la pendiente en que nos puso, lo mismo que la fuerza nacional se transformó en acción, hubiera podido mantenerse encerrada en nuestro territorio, en una vida más íntima, más intensa y hacer de nuestra nación una Grecia cristiana.

